

QUINCE

-¡Apártate *pasmao*! ¿Acaso quieres que te pase por encima? ¡Serás tonto!

Los alterados improperios no hicieron mella alguna en la animosidad de Martín y, gracias al Cielo, un cielo tangible donde el sol asomaba tornadizo entre nubes en desplazamiento, tampoco en su salud, pues el irritado ciclista pasó pedaleando como un rayo justamente a su lado pero sin tocarle un pelo. Una suerte para ambos.

Lo cierto era que desde que abandonó el furgón del santero no podía concentrarse en otra cosa que no fueran sus postreras palabras: *A la niña la maté yo*. Machaconamente, como si aquella escueta frase hubiera sido dicha para atormentarle. Ahora se sorprendió, mirando a los lados, al descubrirse cerca ya del Juzgado, lugar al que dirigía sus pasos. Había recorrido el trayecto que lo alejaba del diabólico vehículo y su propietario en un tiempo asombroso, casi sin darse cuenta. Incluso tras la conmoción sufrida, por un momento, su nublado entendimiento llegó a hacerle olvidar la cita que tenía concertada en el Juzgado y respecto a la cual tenía ya tomada una decisión. No presentaría denuncia contra los indeseables que a punto estuvieron de matarle. No deseaba más jaleos, dejaría que fueran las autoridades quien castigaran sus actos. Lo harían presentase denuncia él o no. Además, ahora otros asuntos más acuciantes ocupaban sus pensamientos. ¡Quién se lo podría haber dicho minutos antes!

A la niña la maté yo.

Condenado cabrón. Y él que, por tal motivo, fue inculcado y puesto precio a su cabeza. A sus tres agresores no los denunciaría pero que momento más oportuno que ahora, que iba al Juzgado, para hacerlo con el santero. ¿Qué sería lo correcto? ¿Lo era denunciar a quien salvó tu vida? Él no era un Judas, un delator, pero tampoco podía obviar los hechos. Tenía obligaciones como ciudadano y esas obligaciones pasaban por... Estaba hecho un lío, tan desorientado que ni el timorato sol que hoy brillaba, rayos de luz y de esperanza, aportaba sensatez a su cabeza. Ni esparciendo miguitas de pan, como en el cuento, hubiese encontrado el camino correcto.

No sé si voy o vengo, se dijo malhumorado. Perturbado por todo lo que le estaba pasando. ¿Por qué a él? Su descuidado y mecánico caminar le llevaba a chocar continuamente con múltiples transeúntes que lo hacían en sentido contrario. La mayor parte de ellos le obviaron y los que no... ¡Al diablo con ellos!

A la niña la maté yo.